

LO QUE EL PAJARITO LE CONTÓ

«Tañido de campana»

Se escuchó un aleteo en el exterior a la par que Koraki despertó. Se levantó sin prisa y, tras estirarse, cogió dos puñados de una bolsa de alpiste (LA bolsa de alpiste). Susurró entonces unas palabras a sus manos sucias (LAS Palabras). Después, como si de un repetido ritual se tratara, se acercó a la única ventana de ese hogar de madera vieja, la abrió y lanzó la comida a unos pájaros (LOS pájaros, ESOS pájaros).

Una vez encapuchado, salió Koraki a la fría y gris mañana. Su capa azul lo siguió por la oscuridad. Aquellos pájaros no tardaron en alcanzarlo. Por tierra y aire, los córvidos mochuelos y palomas lo seguían en su marcha por la calle desierta.

Cayó la lluvia y, pese a encontrarse aun próximo a su casa, Koraki no se detuvo. Eso sí, aceleró la marcha. No tardó en cruzarse con un hombre, Tychaïos. Tychaïos vivía en la miseria, aunque nadie sabía bien cómo llegó a ser tan desafortunado. Koraki depositó unas monedas en el vaso que le ofrecía. Tras alejarse, dejó caer alpiste al suelo de piedra. Los pájaros aletearon en frenesí, tratando de devorar su comida, lo que hizo que alrededor de Koraki cayeran plumas de diversos colores. El hombre se detuvo hasta que las aves finalizaron su faena. Continuó entonces su camino con un pájaro sobre el hombro. Una urraca que le susurró al oído un secreto. El secreto de Tychaïos.

Nació Tychaíos en una ciudad lejana hace ya mucho tiempo, su familia poseía dinero y él habría podido llevar una muy buena vida si la muerte no hubiera alcanzado a su madre, quien era la responsable de la pequeña fortuna familiar. Ante este hecho, empezó a llegarle papeleo que firmar (o no). Tychaíos no sabía cómo gestionar el negocio y no tardó en perder todo el dinero que su madre había acumulado. El joven tuvo que vender la empresa y comenzó a trabajar como camarero en un pequeño bar. Sin embargo, no había jornada que no terminara “demasiado contento”, cantando y bailando con los clientes y no tardó en ser despedido, pues acostumbraba a llegar tarde por quedarse dormido debido a la resaca. Trató de mantener su dinero de la peor manera, apostó lo poco que le quedaba, y lo perdió.

Vagó muchos días hasta llegar a la ciudad que comenzó a llamar hogar.

La urraca se separó del hombro de Koraki, aunque permaneció cerca. Para entonces ya había llegado, bajo la fina lluvia, a la plaza central. Entró, como de costumbre, en la panadería con el sonido de las campanas de la puerta.

—Hola, — le saluda Skasila. — Lo de siempre, ¿Cierto?

—Sí, gracias.

El “pan de ochenta” y los ochenta céntimos cambiaron de manos y Koraki se marchó con la barra bajo el brazo.

Pasando por la plaza central dejó caer más alpiste al suelo mojado y se vio de nuevo rodeado por aleteos y plumas. Esperó otra vez a que los pájaros terminasen y continuó la marcha con un petirrojo en el hombro.

El petirrojo no tardó en comenzar a susurrarle al oído.

Le contó una historia de amor.

Un secreto.

Skasila y Amavrómena habían sido amigas desde la más tierna infancia, pero no fue hasta que llegaron a una temprana edad adulta que Skasila, que ya por entonces trabajaba en la panadería, se dio cuenta de que sentía algo más por su amiga.

Amor.

Amavrómena siempre compraba, al regresar de la universidad un bollo de crema en el establecimiento de su amiga. Skasila inició entonces un plan para, de manera relativamente indirecta, mostrar a Amavrómena todo lo que la amaba. Todas las mañanas, preparaba un bollo especial, uno de crema con algo dentro. Algunos días era un corazón de porcelana, y otros, un papel con un bonito mensaje.

Un día después de esconder el primer objeto, Amavrómena volvió a la panadería y dio las gracias a su amiga. Ella se entristeció cuando comprendió que su compañera había entendido la indirecta más como un mensaje de mayor amistad que como una muestra de amor. Siguió escondiendo cosas durante los años que su amiga pasó estudiando y consideraba ya tradición recibir bonitos mensajes en su bollo de crema. Después de cuatro años, Amavrómena se marchó lejos a trabajar.

Acabó la historia y el petirrojo se fue volando.

Koraki seguía sin pausa por la fría calle hasta que llegó al “Bar de las Cerves”.

Le atendió Foniás y le sirvió una caña. Al rato llegaron los amigos de Koraki y tras una apasionada charla, se despidieron. Salió Koraki a la calle y, ya volviendo a su casa, dejó caer alpiste por tercera vez. Esta vez fue un cuervo lo que se subió a su hombro y le contó otra historia.

Otro secreto.

Le habló de un asesinato.

El padre de Foniás les abandonó cuando él era tan solo un crío y su madre murió unos años después, dejando al joven con una pequeña herencia y sin estudios. Pronto se le acabó el dinero y comenzó a trabajar de portero en un edificio. No le daba para vivir.

Pero necesitaba comer.

Se unió a un par que no le convenía.

Y robó.

Y mató.

Entraron una noche en la casa de una anciana que, suponían, tendría joyas. Trataron de trabajar rápido, se dividieron abriendo cajones y vaciando armarios. Cruzó entonces otra puerta y vio a una persona mayor hablando rápidamente por teléfono. Foniás no lo deseaba realmente, pero agarró el cuchillo que le habían dado.

Koraki conocía a la víctima, había sido amiga de su abuela y a menudo las dos quedaban una en casa de la otra para tomar el té. Ella nunca se había recuperado tras su asesinato.

Mucha gente lo habría denunciado, pero él decidió no hacerlo. Por una razón.

Llegó a su casa con los pájaros tras él. Entró, preparó una olla y, con el pan de Skasila, comenzó a comer. Cuando terminó, volvió a su habitación, cogió alimento de LA bolsa de alpiste, abrió LA ventana y tras susurrarle a su mano, arrojó la

comida a los pájaros, ESOS pájaros que le seguían sin cesar y le susurraban los secretos de la gente.

ESOS pájaros que eran los secretos.

ESOS pájaros que él conocía tan bien.

Koraki también tenía un secreto, y era que no había secretos para él, pues los conocía todos y, de igual manera que había hecho con el de Foniás, los guardaba. Él era pájaro mudo.

«Tañido de campana»

PSEUDÓNIMO: Un Necromante Moderno